NUM. 19. MADRID, 15 DE OCTUBRE DE 1858. AÑO II.

CRISTOBAL COLON (1).

II

E la capitulacion entre Cristóbal Colon y los Reyes Católicos se ha hablado por todos.

En esta capitulacion firmada entre unos reyes poderosos y un humilde vasallo se estipuló que Colon seria almirante de todo el mar y tierra que descubriese, conservando este título para sus hijos y sucesores; que seria virey y gobernador de las islas ó tierra firme á que abordase, y tendria derecho para proponer al rey tres personas para los cargos de gobernadores de las nuevas provincias, eligiendo uno de ellos la corona; que se reservaria el diezmo del oro y piedras preciosas que encontrase; que seria el único juez en los litigios que ocasionara el nuevo comercio, y por último, que contribuiria á todos los gastos con la octava parte, recibiendo tambien el octavo del beneficio.

Desde entonces solo se pensó en la nueva espedicion á los mares desconocidos; los reyes designaron el puerto de Palos de Moguer para la partida; pero en vano se buscó en esta poblacion quien quisiera prestar sus buques para una empresa que se creia de todo punto imposible. Para salvar este inconveniente se mandó por un decreto real que los magistrados se apoderasen de los buques que creyeran convenientes y obligasen á su tripulacion á darse á la vela con el descubridor: pero solo hubo necesidad de poner en ejecucion esta órden despótica para uno de los buques llamado la *Pinta*. Los otros dos que componian la espedicion los proporcionó Martin Alonso Pinzon, rico navegante, que segun algunos, prestó á Colon el dinero suficiente para cumplir la última condicion de su tratado con la corona.

Llamábanse estos otros dos buques Santa María y la Niña. Eran todas pequeñas embarcaciones llamadas carabelas, y descubiertas á escepcion de una de ellas.

Dispuesto ya todo para la partida, se despidió Colon de su hijo y de los buenos frailes de la Rábida, y se dió á la vela el viernes 3 de agosto de 1492, en medio de las lágrimas de los habitantes que creian perdidos para siempre á los marineros. Solo Colon permaneció sereno en aquella tierna despedida; porque solo él veia mas allá de los mares riquezas inmensas. Lo que para otros era causa de temor, le infundia mas esperanzas. Por fin podia penetrar en aquel inmenso Océano objeto de sus desesperanzadas miradas y de las ilusiones de toda su vida.

Su incansable fe habia vencido ya todos los obstáculos; su fe que basta por sí sola para desmentir el ridículo cuento que refieren algunos estranjeros, de que un portugués que murió *en su casa en la isla de Madera* le habia comunicado el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Al tercer dia de viaje se descompuso la Pinta que mandaba Martin Pinzon, lo cual fue causa de que la escuadrilla parase tres semanas componiéndola en las Canarias. Continuaron despues el viaje yendo en aumento la desesperacion de los marineros que veian una muerte segura al fin de aquella loca espedicion, hasta el 13 de setiembre en que el futuro almirante descubrió la desviacion de la aguja. Turbóse algo con este descubrimiento inesperado y sobrenatural segun se creia, y lo quiso ocultar á la tripulacion; pero ya esta lo habia observado y daba rienda suelta á sus temores. Y en efecto, no parecia sino que un poder desconocido variaba allí las leyes de la naturaleza; la profundidad del mar cada vez mayor hacia creer á los marineros que caminaban hácia un punto en que no habria fondo; la serenidad y falta de movimiento que se observa en aquellas aguas comunicaba tristeza y desanimacion á sus almas; la desviacion de la aguja les hacia perder la única esperanza de volver á su patria.

Colon les animó algun tanto dándoles una esplicacion de este fenómeno, sino verdadera, ingeniosa, y continuó navegando hasta el 1.° de octubre en que volvió la tripulacion á manifestar ya abiertamente su descontento: llevaban andadas mas de setecientas leguas, segun el diario de Colon. Los marineros no sabian la verdadera distancia que les separaba de su casa porque el Almirante rebajaba diariamente algunas leguas para no alarmarlos; pero era ya tal su desesperacion que Colon lo hubiera pasado muy mal á no haberse presentado en los dias siguientes señales inequívocas de tierra.

Por fin la noche del 11 de octubre un marinero llamado Bermejo dió el grito de Tierra! El cañon de la Pinta resonó por primera vez en aquellas apartadas regiones; y desde aquel momento no se puso el sol en los dominios de la corona de España. La efusion de alegría que debió sentir Colon en aquel instante no puede espresarla la pluma. Figúresela el que pueda.

A la mañana siguiente descubrió una isla llana y muy fértil á que puso por nombre San Salvador. Los naturales la llamaban Guanahani. Colon bajó á tierra, la besó respetuosamente; plantó en ella el estandarte de Castilla, y puesto de rodillas dió gracias en una ferviente oracion al Todopoderoso.

Habia derrotado á los doctores y teólogos que se burlaban de él: su orgullo por tan estraordinario triunfo, toda su venganza la espresó en las siguientes palabras: «*Bendito sea Dios que da la victoria y el triunfo al que sigue sus caminos.*»

En esta como en otras muchas ocasiones nada es capaz de dar mejor idea de Colon que sus mismas palabras. A su salida de España principió un diario en que se retrata su alma en el estilo claro, sencillo, lleno de nobleza y dignidad; cuando habla de sí propio lo hace con modestia y sin presuncion alguna; sus descripciones no tienen artificio, no son mas que las gratas impresiones que causaban en él el mar sosegado, la vegetacion primitiva y el clima tan apacible de las nuevas islas. Para ponderar lo hermoso de una isla dice solo; *quisiera vivir en ella eternamente; no sé cómo salir de aquí.* Créese enviado por Dios para la propagacion de la fe católica, y sufre con resignacion los trabajos solo con la esperanza de que con ellos ha de producir grandes bienes á la Iglesia. Sus desgracias, segun se desprende de sus palabras, no las siente por sí mismo *porque es deudor de su vida al Sumo Criador y porque otras muchas veces se ha hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último que se estaba para padecerla, sino por la gente que llevaba esperando un próspero suceso, y que por él abandonó sus hijos y mujeres.*

Los habitantes de Guanahani repuestos de su primer sorpresa, le agasajaron con pedazos de oro que llevaban colgados de varias partes de su cuerpo. Estos obsequios inflamaron la imaginacion del Almirante que creia haber descubierto las islas de Marco Polo, y que

(1) Véase el número anterior.

mas allá encontraria la de Cipango y el rico Catay.

Detúvose allí Colon tres dias y salió á recorrer el archipiélago de Bahama, descubriendo las islas de la Concepcion, Fernandina (Exuma), Isabel (Isla larga), y por último, el 28 de octubre la de Cuba, que creyó era la deseada Cipango, y que despues hasta su muerte tuvo por tierra firme. El 5 de diciembre descubrió la Española (Haití) y el 24 naufragó una de las carabelas, quedándose solo con la Niña, pues Pinzon con la Pinta habia desertado dias antes.

Erigió Colon una fortaleza, que llamó de la Navidad en la Española y dejando allí una pequeña colonia, salió para España el 2 de enero de 1493. Su viaje fue desgraciadísimo por las furiosas tempestades y viento contrario que le persiguieron, tanto que creyéndose perdido, arrojó al mar encerrados en barriles, algunos escritos en que daba cuenta de sus descubrimientos. Tres siglos despues se ha encontrado alguno de estos barriles.

Desembarcó, por fin, en las Azores, de donde habiendo sido hecha prisionera por los portugueses, llenos de envidia, la mitad de la tripulacion, salió por *temor de que le causasen algun perjuicio*. Tal fue el primer recibimiento que tuvo el descubridor de un mundo entre los hombres civilizados.—De allí fué á Lisboa y el 15 de marzo entró en Palos.

Difícil es dar idea de la alegría que recibió este puerto y toda España, con su feliz arribo. Los reyes le llamaron á Barcelona, y le recibieron en público en un trono preparado al efecto. Presentóse Colon á caballo rodeado de toda la córte, de los indios que habia traido consigo, y de criados que llevaban el oro, algodon, producciones y animales del Nuevo-Mundo. Los reyes le recibieron amistosamente, haciéndole sentar á su lado y escuchando atentamente la relacion de su viaje.

Como en la imaginacion privilegiada de Colon todo era grande, volvió á hablar á los reyes de un proyecto que ya les habia indicado antes de su salida, y que era, si cabe, tan magnífico como el descubrimiento. Volver al poder de los cristianos el Santo Sepulcro. Los reyes se rieron al oir esta proposicion por primera vez. «*VV. MM. se rieron de mi cuando lo dije*,» dice él mismo en una de sus cartas. Y en efecto que era cosa de risa ver á aquel hombre mal vestido y casi hambriento, querer llevar á cabo una empresa en que no se atreverian á pensar muchos reyes.

Este fue uno de los objetos que llevaron á Colon al Nuevo-Mundo, porque creia que con las riquezas que de él sacara se hallaria en pocos años en disposicion de armar por sí solo un ejército.

Con el deseo de llevar á cabo cuanto antes sus gigantescos proyectos, aceleró cuanto pudo los preparativos para su segundo viaje, dándose por fin á la vela el 25 de setiembre, al frente de diez y siete buques, con unas mil quinientas personas.

Cuando esta segunda espedicion llegó á la Española, no encontró vestigio alguno de los españoles que en ella habia dejado Colon; nadie salió á recibirle; nadie contestó á los cañonazos de los buques. La fortaleza estaba arruinada, quemada y llena de restos de ropas españolas, y al escavar un poco las cercanías, se encontraron los cuerpos de once soldados asesinados. Los nuevos colonos privados de jefe habian abusado del *trato amistoso de los indios, olvidando los preceptos de* Colon, y estos les habian dado muerte.

Desde aquel momento principió á eclipsarse la fortuna que por tan poco tiempo habia protegido á Colon: *aquel desastre abrió la puerta á todas sus desgracias*. Fundó allí una ciudad á que puso por nombre Isabela, y poco despues salió á recorrer las islas cercanas, descubriendo una porcion, entre ellas las de los jardines de la Reina y la de Jamáica; costeó tambien la isla de Cuba y hubiera continuado su viaje á no habérselo impedido una grave enfermedad.

Mientras tanto los españoles divididos y buscando ansiosos el oro, estaban en continua lucha con los naturales, que principiaban á mirarles no ya como iguales, sino como seres inferiores á ellos por sus vicios, y á negarles la comida y el precioso metal que tanto ambicionaban. En esta situacion, desesperados, porque eran un engaño las inmensas riquezas prometidas, volvian los ojos á su patria y maldecian al ambicioso genovés que los habia llevado á aquella ingrata tierra. Colon no ignoraba nada de esto, pero contemporizaba con los descontentos, y creia suficiente ir evitando con la mayor prudencia los motivos que les impulsasen á una ábierta rebelion. En los últimos buques que habian llegado á la Española habia ido su hermano Bartolomé, única persona quizá de quien allí podia fiarse, y á quien nombró adelantado, dando con esto motivo á nuevas quejas.

La envidia crecia cada vez mas: los españoles se negaban á trabajar y *querian obligar á ello á los indios*; los arrebataban sus mujeres é hijas; los trataban cruelmente, y se quejaban de que les traian poco *oro*. Quejábanse tambien de que Colon era duro con ellos, *avariento, orgulloso*; y *varias veces estuvieron dispuestos* á apoderarse de los bajeles y volver á España. Y no faltaron hombres fanáticos que vieran en la amabilidad de Colon para con los indios una transaccion con la idolatría, ni ingratos á quienes habia colmado de beneficios el Almirante y que inventaban en contra suya infames calumnias, que eran oidas con gusto por ser un estranjero el difamado.

Llegaron estas quejas á la corona, que nombró para averiguar la verdad á Juan Aguado, hombre que habia sido protegido y recomendado por Colon, y que ensoberbecido de orgullo llegó á la Española, y sin enterarse de nada censuró todos los actos de Colon, le insultó y declaró nulos todos sus nombramientos. El Almirante se sometió á las órdenes reales y vino á España en junio de 1496 con Aguado. Los reyes le recibieron muy bien deshaciendo gran parte de los desaciertos de Aguado; pero en la córte y en el pueblo principió á decaer completamente el crédito del genovés, viéndose acusado de orgullo y de que era muy poco el provecho que *se sacaba de su espedicion, que no bastaba ni aun* para resarcir los gastos.

Esta fue una de las razones que mas crédito hicieron perder al Almirante, porque se decia que con su ciega *ambicion italiana habia comprometido á la corona de* Castilla en inútiles gastos. Todas las personas que en su primer vuelta á España buscaban su amistad, ó eran, ahora que habia decaido algo en el favor real, enemigos suyos, ó por lo menos no le hacian caso alguno.

Despues de enojosas dilaciones por fin el 30 de mayo de 1498 se dió Colon á la vela en San Lucar de Barrameda, llevando á sus órdenes seis buques, y rodeado de gentes de la córte que le profesaban el mayor olvido. Varió en este viaje un poco el rumbo acostumbrado, y antes de llegar á la Española descubrió la isla de la Trinidad y visitó el golfo de Paria. Creyéndose Colon en el Asia buscaba entonces la primitiva mansion del hombre en la tierra, que suponia no debia estar muy lejos. Pero tambien tuvo que interrumpir sus esploraciones y retirarse enfermo á la Española, á donde las cosas iban de mal en peor. La conspiracion habia cundido mucho en la ausencia del Almirante; un tal Roldan se habia puesto á la cabeza de los descontentos y recorria las provincias exigiendo gruesos tributos y cometiendo toda clase de escesos; los caciques indios se habian retirado con sus vasallos á las montañas y desde allí incomodaban cuanto podian á los españoles. Colon y sus hermanos Bartolomé y Diego se veian continuamente insultados y tuvieron que atraer á los rebeldes firmando una capitulacion no muy honrosa. Mas nada se consiguió; siguió la insubordinacion y el Almirante tuvo que emplear, violentando su carácter, algunas medidas de rigor.

Todos los que venian á España traian quejas del Almirante y de sus hermanos, y la corona nombró por segunda vez un comisionado que se informase de la verdad. Fue elegido para este cargo Francisco de Bobadilla, hombre iracundo, que aconsejado por los amigos de Roldan, apenas llegó á Española mandó poner presos á Colon y á sus hermanos y los envió á España cargados de cadenas.

Colon desembarcó, pues, en la península con esposas y grillos como el mas vil malhechor, sufriendo aquel ingrato martirio con la calma de un santo y la resignacion de un heroe. Las cadenas podian oprimir su cuerpo, pero no abatir su alma.—Cuando llegó esta noticia á oidos de la reina, mandó que inmediatamente le quitasen aquellas cadenas que él conservó siempre colgadas junto á su cama como recuerdo de sus sufrimientos.

Su vida iba acabándose ya y temia que concluyera antes de realizar su atrevido proyecto de rescatar el Santo Sepulcro. Con este motivo escribió una carta á los reyes pidiéndoles que armasen una cruzada á que él contribuiria con todos sus esfuerzos. *La córte no respondió á* esta peticion; pero en cambio autorizó al Almirante para hacer un nuevo viaje de descubrimientos que empezó Colon dándose á la vela en mayo de 1502.

Sus viajes eran en la vez mas desgraciados, de modo, que en este que fue el último no le quedó humillacion ni dolor por sufrir. Llegó á Santo Domingo, donde mandaba Ovando el sucesor de Bobadilla, y le pidió que le dejase penetrar en el puerto á componer sus bajeles averiados. La contestacion de Ovando fue una negativa insolente. Colon tuvo que retirarse con los buques en muy mala disposicion y amenazando una tempestad, que casi acabó de inutilizarlos.

Sucedióronse sin interrupcion unos temporales como *nunca vieron ojos humanos*. Colon se veia en una situacion apuradísima, perdido en aquella mar, sin esperanza de socorro alguno, con las naves podridas y la tripulacion enferma. Entonces escribió á los reyes una carta pintando sus padecimientos, en la que se encuentran estas palabras que hacen asomar las lágrimas á los ojos.

«El dolor del fijo que yo tenia allí me arrancaba el ánima, y mas por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga y durar en ella tanto. Mi hermano estaba en el peor navío y mas peligroso; gran dolor era el mio y mayor porque le traje contra su grado.»

Se refiere aquí á su segundo hijo Fernando, que despues escribió la vida de su padre y á su hermano Bartolomé.

A *pesar de su avanzada edad de sesenta y siete años*, y ya débil y enfermizo, solo desesperó una vez. Oigamos sus palabras:

«Las barcas volvieron adentro por sal y agua; mi hermano y la otra gente estaban en un navío que quedó adentro; yo muy solo de fuera en tan brava costa con fuerte fiebre en tanta fatiga: la esperanza de escapar era ya muerta; subí así trabajando á lo mas alto, llamando á voz temerosa, llorando y muy aprisa á los maestros de la guerra de V. A., á todos los cuatro vientos por socorro: mas nunca respondieron. Cansado me adormecí gimiendo y una voz muy piadosa oí.»

Esta voz, efecto del delirio de la fiebre, y que Colon tuvo por una aparicion celestial, le animó á sufrir sus trabajos con resignacion mostrándole ejemplos de la Sagrada Escritura.

El tiempo por fin le fue un poco favorable y la espedicion pudo llegar á Jamáica despues de haber visitado la costa de Honduras, la de los Mosquitos, Costa rica y Veragua.

Nuevos disgustos esperaban á Colon al acercarse á la parte habitada por españoles. Agitóse nuevamente la sedicion, y el Almirante tuvo que emplear las armas en defensa propia. El estado de los pobres indios era ya lastimoso y en vano quiso mejorarle Colon; porque un desórden seguia á otro y se veia poco fuerte para imponer su autoridad. Los disgustos que allí pasó aceleraron mucho los dias de su vida. Por fin el 5 de setiembre de 1504 abandonó por última vez aquellas regiones en que tanto habia padecido.

Llegó ya muy debilitado á Sevilla desde donde hizo á la córte varias representaciones que no fueron escuchadas porque la benéfica Isabel que tanto le habia protegido, acababa de bajar al sepulcro. Colon solo pedia que los honores que los reyes le habian concedido se perpetuasen en su familia segun habia acordado con la corona. *Nada pido para mí*, decia en sus cartas, *sino para mi pobre hijo*. Nunca obtuvo mas contestacion que buenas palabras, lo cual le proporcionaba amarguras que por fin le llevaron de este mundo el 20 de mayo de 1506. Su cadáver fue depositado en San Francisco, enterrado despues en 1513 en el monasterio de Cartujos, trasladado en 1536 á la Española, y por último, á la isla de Cuba, donde permanece hoy.

En su testamento dejó dispuesto que heredasen sus títulos y honores, primero su hijo mayor Diego y despues los hijos de este y á falta de ellos su hijo natural Fernando, y despues su hermano Bartolomé; que su heredero dedicase el diezmo de sus rentas á socorrer á parientes pobres y á familias desgraciadas; que se erigiese si era posible en la Española una iglesia y un hospital titulados de Santa María de la Concepcion; que se destinase una suma suficiente para vivir con honradez á uno de sus parientes que habitase y formase familia en Genova; que si ocurriese algun cisma en la Iglesia católica, sus herederos se pusiesen á los piés del Santo Padre ayudándole con su persona y recursos; que si les era posible armasen una espedicion para rescatar el Santo Sepulcro, y si algun rey trataba de hacerlo se pusiesen á su lado y le ayudasen con todas sus fuerzas; que su heredero no usase mas armas que las que le concedieron los reyes Católicos con el lema

Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon;

y que solo se firmase con el título de *almirante*, etc.

Este documento es el resúmen de todos los deseos de Colon durante su vida; deseos que ya que él no pudo realizar quiso que llevaran á cabo sus herederos.

Tal es el *hombre que con su admirable constancia* nos dió un mundo. La España y todos los que estuvieron á su lado fueron muy ingratos con él. Ni aun el continente que descubrió, conservó un recuerdo suyo en su nombre. El *premio que recibió fue escaso*; sus *padecimientos* muchos: su lealtad y resignacion inimitables.

En la historia de la ciencia hay muchos nombres célebres; pero se puede asegurar que no hay ninguno tan libre de toda mancha como el de Colon.

FELIPE PICATOSTE.

HERALDICA (1).

II.

DE LOS CASCOS, YELMOS Ó CELADAS.

Segun prometimos en nuestro artículo anterior, vamos á tratar de dar á conocer las principales reglas para la inteligencia de esta parte esencial de los escudos, y tanto, que basta ver en ellos su simple colocacion, para conocer desde luego la nobleza ó bastardía de quien los lleva.

El uso de colocar las armas en las antiguas panoplias, el escudo en el centro y el casco encima, así como el de llevar distintivos sobre el mismo casco, en la guerra y en los torneos, debió dar sin duda orígen á que en las *armas* ó blason de nobleza, se colocase en la parte superior el yelmo ó celada.

No vamos á ocuparnos aquí de las diferentes clases de celadas y yelmos que han venido usándose segun su objeto y *la distinta época en que se llevaron: no estamos* ocupándonos de la historia del arte, sino de dar á conocer el significado de esta parte esencial de las antiguas aranduras colocada sobre el escudo, que encierra en su

(1) Véase el número anterior.

misterioso lenguaje, la gloriosa historia de los que lo ganaron.

Al ocuparnos de los yelmos, celadas ó cascos, debemos para proceder con mas claridad tratar de las diferentes partes del casco mismo, puesto que cada una tiene su significado propio.—Así examinaremos

1.° Todo lo que se refiere á la materia del casco y á su forma.

2.° La parte superior del mismo ó cimera.

3.° Del modo con que deben ser colocados sobre los escudos.

Y procedemos con tal método, por mas que se nos tache de didácticos, porque es el único modo de esponer con claridad las reglas deducidas de la práctica en el conocimiento de la heráldica, sobre uno de sus puntos mas importantes y en que mas discordes andan los inteligentes.

1.° La materia de que eran batidos los cascos ó celadas, variaba segun la clase de persona que habia de llevarlo sobre sus armas: así es, que se emplea el oro, la plata y el acero bruñido, con arreglo á la calidad de los nobles. La celada de oro era solo distintivo propio de reyes y príncipes soberanos, y así es que en el escudo de las de España, el casco es de oro, grabado y forrado interiormente de terciopelo carmesí.—Los príncipes y duques no soberanos, los condestables, los almirantes, los *generales de ejército*, *gobernadores de provincia*, chancilleres y otros grandes señores que tienen cargos elevados, la llevan de plata con la visera, la delantera y la bordura clavadas de oro. Igualmente pueden llevar *celada ó casco de plata sobre sus armas*, con los referidos adornos de oro, los marqueses, condes, vizcondes, barones y nobles, que han ejercido empleos militares de importancia ó desempeñado mando y jurisdiccion; pero las de estos y las de los barones son de plata bruñida y no mate.

En cuanto al uso de las celadas de acero, es propio de todas las demás clases de hidalgos y nobles que tienen uso de armas.

La forma de estos yelmos ó celadas, generalmente es la de un casco con celada de encaje: pero varía en alguna de las partes segun las clase á que corresponde la persona que le lleva en sus armas. Así el número de barras que forma la rejilla de sus celadas cuando se trata de cascos de reyes, que por lo general van completamente abiertos, es el de once, número á que no puede llegar ningun otro noble. Los príncipes y duques no soberanos, los condestables, almirantes, generales de ejército, gobernadores de provincia, cancilleres y demás que ejercen cargos de tal importancia, nueve. Los marqueses, condes, primeros presidentes y vizcondes, siete. Los barones y nobles encargados de cargos militares, de mando ó jurisdiccion, cinco. Y los antiguos hidalgos y nobles de tres líneas paternas y maternas, tres. Los escuderos y nobles recientemente declarados como tales, *no deben usar ninguna*.

La mas ó menos abertura de la celada, por hallarse mas ó menos calada la visera, se halla tambien sujeta á precisas reglas que vamos á esponer.

Los *emperadores y reyes llevan la visera enteramente* levantada, en señal de que su vista superior no encuentra embarazo para dilatarse y penetrarlo todo. Los príncipes y duques soberanos algo caida, pero muy poco, y las demas clases á que nos referimos arriba, cerradas con barretas ó grilletas en la forma indicada.—Los escuderos y nuevos nobles, así como los bastardos que no pueden llevar barretas, usan la visera entreabierta, mostrando en esto segun los heraldos, que no pudiendo todavía ostentarse por sus hechos, nada tienen que ver con las acciones de otro, sino obedecer y callar.

2.° La cimera, es una pieza de heráldica colocada encima del yelmo, á la cual algunos llaman *quimera* por haberse usado en esta pieza del yelmo, animales estraños y fabulosos.

Este ornamento cuya antigüedad es mucha, pues aun antes de que se forjasen armas de hierro y acero, ya se llevaban en los primitivos cascos de cuero, debió tener por causa, el deseo de darse á conocer los gefes en los combates, á la vez que el dar mas engrandecimiento y aire marcial á la figura, que en todos los pueblos se *nota ese instinto de adornarse para la guerra*, procurando que las representaciones de sus adornos contribuyan á fomentar terror en los enemigos. Usadas en gran variedad en la época clásica de la caballería, han venido á formar *una parte integra del blason, estando* sujetas tambien á determinadas reglas de heráldica.

Los reyes y grandes que tienen uso de corona, generalmente llevaban este ornamento por cimera, sin embargo de que tambien algunas veces solian llevar cimera y encima de ella la corona. Pero esto solamente acontece, cuando la cimera es de algun animal simbólico, como p. e. en las armas de España, sobre el casco de oro, un Leon por cimera, y sobre su cabeza la corona real. Y puesto que de las cimeras hablamos, y los que tenian derecho á ella llevaban en su lugar la corona, justo es que demos á conocer siquiera sean ligeramente, los diversos caracteres de sus distintas clases.

La corona de los reyes (y hablamos solo de nuestra patria, pues las de los demás paises varían), está formada de un círculo de oro, enriquecido con piedras preciosas, con ocho florones al modo de las hojas de apio, alternando con una gruesa perla, sobre los cuales se levantan otras tantas diademas cargadas de perlas, que *vienen á confluir en un centro, sosteniendo un globo* de oro, cruzado de una cruz de lo mismo y rematando en otra pequeña. (1)

El príncipe de Asturias lleva igual corona, á diferencia de que sus diademas son cuatro en lugar de ocho.

La corona de duque y de duque con grandeza, es toda de oro con perlas y pedrería en el aro y con ocho florones al modo de las hojas de apio (2).

La de los duques no grandes, generales de ejército y almirantes, pretenden algunos debe ser lo mismo; pero otros sostienen que aunque de iguales formas, su materia deba ser de plata y los florones mas bajos.

La corona de marqués, es de oro con cuatro florones y doce perlas, puestas entre los florones de tres en tres, sobre pequeñas puntas que las levantan del círculo engastado de piedras y de perlas (3).

La corona de conde, es tambien de oro con círculo de pedrería y encima diez y ocho perlas gruesas (4).

A su vez la de vizconde, solo se compone de un círculo de oro puro ó bien con esmaltes y encima cuatro perlas (5).

La de los barones por último, es un solo círculo de oro esmaltado y rodeado en banda de un doble brazalete ó filete de perlas comunes (6).

Los que no tienen derecho á llevar coronas, usan *solo de la cimera*, y estas *ordinariamente* las sacan de las figuras de las armas principales del escudo.

Los simples escuderos, nobles nuevos ú otros que no tienen mando, igualmente que los bastardos, solo pueden llevar *una cresta ó cordon de acero* sobre lo alto de sus cascos en lugar de cimera, de donde salen plumajes ó volantes que caen sobre el yelmo ó sobre las armas.

3.° La colocacion del casco ó celada sobre el escudo, tampoco es arbitraria en el arte del blason. Cada personaje debe llevarla de un modo especial, que nada es arbitrario en este convencional lenguaje de la heráldica.—Así y por punto general diremos, que la situacion de la celada sobre el escudo, puede ser de tres maneras diferentes:

1.ª De frente.

2.ª Terciada.

3.ª De perfil.

De frente no tienen derecho á usarla mas que los reyes, príncipes y duques así con soberanía como sin ella, los almirantes, generales de ejército, gobernadores de provincia, chancilleres y otros grandes de cargos tan elevados, y los marqueses. (Véanse los números 7, celada de Rey abierta; 8 id. cerrada; 9 de Duque-Almirante, etc.; 10 de Marqués.)

Los condes, vizcondes, barones y nobles que han tenido mando ó *jurisdiccion*, pueden *usarla terciada*. (Véanse los números: 11 de Conde; 12 de Vizconde; 13 de Baron; 14 de Noble que ha ejercido mando ó jurisdiccion).

Los demás nobles é hidalgos, puesta de perfil, con la diferencia en las barras y visera que ya indicamos en su lugar oportuno. (Véanse los números: 15 casco de Noble particular con nobleza antigua, y 16 casco de Noble nuevo y de Escudero).

Los bastardos la llevan lo mismo que los nobles recientemente declarados y escuderos, pero vuelta del lado contrario (número 17).

Tales son las reglas que deben tenerse presentes para la colocacion de los cascos en los escudos; reglas que es necesario no perder de vista para no caer en los errores que con tanta frecuencia cometen los que llevan armas sin conocimiento de su significado, haciendo con frecuencia que representen distintos pensamientos de los que tal vez quisieran apareciesen en sus escudos.

J. R. D.

CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE.

I

Descuella entre los grandes personajes de la historia *moderna el emperador Carlos V.* Reálzale *sobre todo el* contraste de sus victorias y de sus reveses, de su ostentacion de poder y sus constantes apuros, de su ardiente piedad y su resuelta actitud contra los gefes de la Iglesia, de su ruidosa vida y su silencioso acabamiento. Prendió en Pavía á Francisco I, y huyó precipitadamente de Inspruck, por no caer en las manos de uno de los electores de su imperio; se hizo la espada del catolicismo y entró á saco la ciudad de Roma; movió del uno al otro confin de Europa numerosos ejércitos y del uno al otro mar imponentes escuadras, y debió consentir que sus tropas se entregasen al pillaje por no poderles pagar sus servicios; vivió en medio de la agitacion de los negocios y el tumulto de los campos de batalla, y pasó sus últimos años junto á los tranquilos y retirados muros del monasterio de Yuste.

Está Yuste en la vertiente de una de las montañas de Estremadura, sobre la pintoresca Vera de Plasencia, en medio de bosques que oculta la bruma y confunden sus tristes murmullos con los de los arroyos y torrentes. ¿Qué causas pudieron inducir á don Cárlos á dejar el *mundo por tan solitario retiro?*

Atribúyenlo unos á fanatismo, otros á desaliento, otros *á deseo de no irritar la impaciente ambicion* de su hijo Felipe. Para nosotros fue debido en parte á cualidades de carácter, en parte á cansancio, en parte á temores de que no sufriesen menoscabo su reputacion y su gloria. Entró por poco ó nada la piedad en esa *resolucion*, que dejó atónitas las naciones; por mucho el amor propio.

Era don Carlos muy inclinado á la melancolía y al retraimiento: jóven aún, solia buscar, ya en la soledad del claustro, ya en el mudo espectáculo de la naturaleza, el alivio de sus quebrantos. Tenia una constitucion vigorosa y robusta; pero fue pronto decayendo gracias á su desenfrenado sensualismo y sus ímprobos trabajos. De poco mas de treinta años, aquejábanle crueles enfermedades que le impedian seguir á caballo sus ejércitos y agravaba de dia en dia con su insaciable gula. Desconfiado y como tal de estrema reserva, dirigia por sí los grandes negocios de su vasto imperio: su mucha actividad intelectual acabó de perturbar su salud y debilitar sus fuerzas.

No concibió, sin embargo, cuando viejo ni enfermo la idea de abdicar y retirarse á Yuste. La concibió veinte años antes de realizarla, al volver de su brillante espedicion de Túnez, despues de haber vencido por tres veces á la Francia, derrotado á los turcos, héchose dueño de Italia, apoderádose de Francisco I y Clemente VII, y *ganado á los berberiscos importantes plazas*. Temia indudablemente sucumbir bajo el peso de sus victorias y queria declinar en otro la responsabilidad de los contratiempos que preveia. Estaba ya en Jarandilla, al pié de Yuste, cuando hablando con el embajador de Portugal se lamentaba de no haber cumplido su propósito antes de que la fuga de Inspruck y el levantamiento del sitio de Metz hubiesen empañado el brillo de sus glorias.

Solo su natural melancolía y ese deseo de conservar ilesa su reputacion militar y política, pudieron inspirarle entonces tan singular pensamiento; ni los trabajos ni los escesos ni las dolencias habian destruido aun el vigoroso temple de su espíritu. Esas causas le fueron fortaleciendo en su idea y le movieron al fin á ponerla en práctica; no se la suscitaron.

Túvola don Carlos por primera vez el año 1535; la aplazó considerando que, niño aun su hijo, de ejecutarla, dejaba espuestos á grandes peligros y mudanzas sus dilatados dominios. Reinó todavía durante muchos años con próspera suerte: humilló otras dos veces á la Francia, cayó sobre la Alemania, ya medio ganada por la Reforma y presa de vivas y sangrientas discordias, y le impuso silencio dejándola de nuevo sujeta al predominio de la Iglesia católica.

En esa aparente pacificacion de la Alemania empezó, *con todo, su decadencia. Los protestantes aguzaron en* silencio sus espadas, se coligaron con todos los enemigos del imperio y acecharon la ocasion oportuna para sorprender á don Cárlos. Alemanes, franceses, *italianos, turcos, tomaron en un dia dado las armas y encendieron* en cuatro puntos distintos el fuego de la rebelion y de la guerra. Quiso el emperador, que se hallaba en Inspruck, ganar Flandes por la Alta Alemania; pero hubo de retroceder y huir luego dejando malparados su honra y su título de invicto. Solo ya por el tratado de Passau pudo poner fin á la agitacion de la Alemania. En ese tratado estaba consignada la libertad religiosa.

Estas derrotas afectaron mucho á don Cárlos. Trató de repararlas bajando á Francia con ochenta mil hombres; mas no pareció sino que la victoria habia abandonado sus banderas. Con ochenta mil hombres no pudo recobrar á Metz que le acababa de tomar el rey de Francia y defendian el duque de Guisa y la flor de la nobleza al frente de un reducido ejército. No se propuso ya mas que dar nuevas señales de su poder, y asegurar la paz de sus Estados para llevar á cabo su antiguo pensamiento. Espidió desde luego órdenes secretas para que le construyesen junto á Yuste un pequeño palacio, y dos años despues, vencida la Francia en otra lucha, casado su hijo Felipe con la reina de Inglaterra, desconcertados los audaces y ambiciosos *proyectos* de Pablo IV, sofocada en todas partes la guerra, empezó la serie de abdicaciones que habia de preceder á su retiro.

El 22 de octubre de 1555 renunció en Felipe el gran maestrazgo del Toison de Oro, el 25 la corona de los Paises Bajos, el 16 de enero de 1556 la de España y sus dominios. No renunció aun la del imperio de Alemania; pero solo porque toda su familia le suplicó vivamente que conservase el título de emperador, á fin de que no faltase ni á los Paises Bajos ni á los Estados de Italia el apoyo de la Alemania.

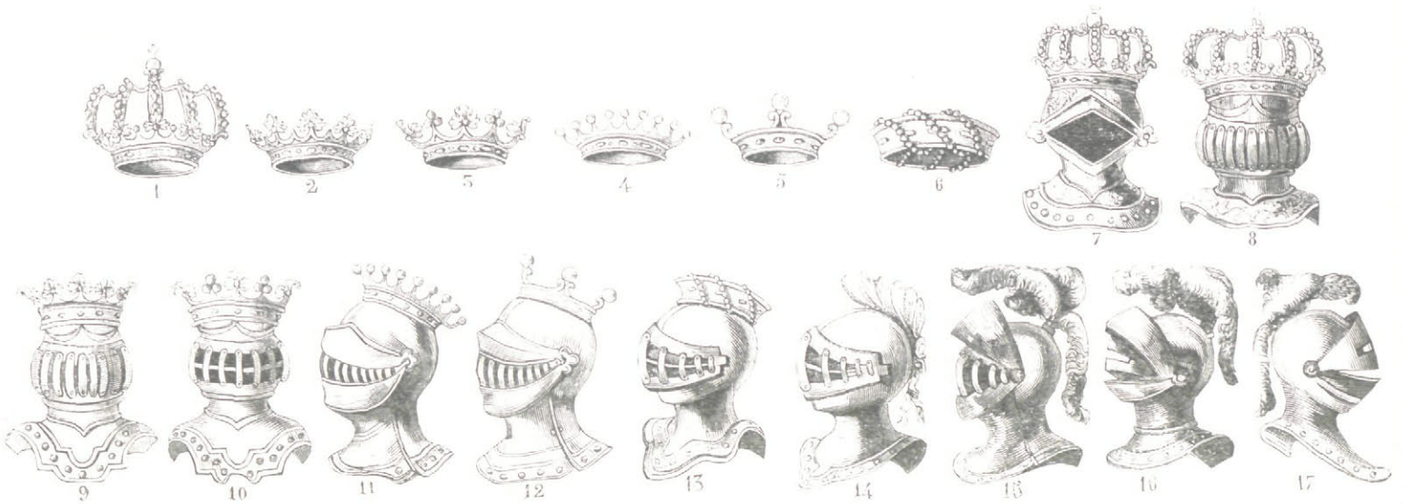
Alegó para todas sus abdicaciones el estado de su salud, que era en efecto lamentable; ¿mas puede, repetimos, sostenerse que esta fuese la sola causa de su resolucion inesperada cuando databa de tan lejos su primer pensamiento? Se sentia no solo débil sino temeroso de que siguiese su mala fortuna y aumentase el número de sus desastres.

Salió Carlos V de Bruselas donde residia desde el levantamiento del sitio de Metz, el dia 8 de agosto. *Acompañábanle sus dos hermanas Leonor y María* y ciento cincuenta oficiales de su antigua y numerosa servidumbre. Bajó á Gante y por el canal á Flessinga donde le aguardaba una escuadra de cincuenta y seis buques. Embarcóse la noche del 12 de setiembre,

se hizo á la vela la mañana del 13, aportó el 28 en Laredo. Eufurecióse al ver que no habia en este puerto ni la gente que esperaba, ni los fondos que habia pedido para pagar su escuadra; mas no es cierto, que le pesase de haber abdicado, ni manifestase en público tan inoportuno arrepentimiento.

Permaneció don Carlos en Laredo hasta el 5 de octubre. Tomó el 6 el camino de Valladolid, donde á la sazon residia la córte. Atravesó Castilla sin mas comitiva que al dejar Bruselas, sin mas escolta que un alcalde y cinco ó seis alguaciles. Salian en todas partes á su encuentro la municipalidad, el clero, las personas mas importantes del Estado; saliale al paso los pueblos deseosos de ver esa sombra de emperador que tan agitado y revuelto habia traido el mundo.

Fue recibido á dos leguas de Burgos por el condestable de Castilla; y entró en la ciudad la noche del 13, estando las calles iluminadas y tocando las campanas en señal de fiesta. Habia resuelto no ocuparse de negocios políticos; pero hubo de quebrantar muy pronto una determinacion contraria á sus hábitos. La casa de Albret fué á reclamarle en Burgos la posesion del reino de Navarra que le habia sido arrebatada á fuerza de armas por Fernando el Católico. Carlos oyó al embajador y le remitió á su hijo Felipe, no sin abrigar sérias dudas sobre si habia sido ó no justa la incorporacion de aquel reino á la corona de Castilla.



CASCOS Y CORONAS HERALDICAS.

Partió de Burgos á los cuatro ó cinco dias, escoltado por Beamond y sus guardias, y al llegar á Cabezon fue recibido por su nieto Carlos, aquel desgraciado príncipe cuya muerte es todavía un secreto para la historia. Era al parecer el jóven Carlos de ardiente corazon y belicosos instintos; pidió á su abuelo que le refiriese sus campañas, y no bien oyó la fuga de Inspruck cuando manifestó disgusto y sostuvo una y otra vez que en su lugar no habria apelado á ese medio. Aplaudió mucho el emperador ese rasgo de dignidad y de firmeza; pero auguró mal del nieto que le pareció muy arrebatado y bullicioso.

El dia despues de su llegada á Cabezon, el 24 de octubre, entró el emperador en Valladolid ya algo entrada la noche. Aguardábale en palacio rodeada de la córte su hija doña Juana, gobernadora del reino; pasaron á saludarle y á besarle la mano los grandes, los prelados, los altos consejos, y el ayuntamiento. Descansó en Valladolid catorce dias. Comió el 1 de noviembre en público, se despidió tiernamente de su familia, y salió para Estremadura.

Su *palacio de Yuste no era todavía habitable*. Partió Carlos para Jarandilla, situado ya en la Vera de Plasencia, al pié de la montaña donde está el monasterio. Llegó el 11 á Tornavacas junto á la sierra que separa el valle de Jerte de la feroz y pintoresca Vera. Difícil y escabroso el paso de la Sierra, se propuso al emperador rodearla y buscar un camino mas practicable: el emperador no lo consintió y ordenó que le llevasen por el Puerto Nuevo. Ya en la cumbre, tendió la mirada por la espaciosa llanura, y despues de haberla contemplado por algunos instantes en silencio «No pasaré ya, esclamó, *otro puerto en mi vida como* no sea el de la muerte.»

Llegó la mañana del 12 á Jarandilla y se hospedó en el palacio de los condes de Oropesa de que hoy no quedan sino tristes ruinas: parte de una doble galería de arcos escarzanos en cuyo sólido antepecho se reflejan los últimos rayos de la arquitectura gótica, un sombrío torreon cúbico, paredones vestidos de musgo, patios cubiertos de espesos matorrales. Le habitó don Carlos cerca de tres meses: tuvo en él conferencias importantes que revelan su carácter y la índole especial de su retiro.

Allí *fue donde habló por última* vez á Francisco de Borja, que antes habia militado á sus órdenes y acaudillado ejércitos y gobernado provincias y descollado entre los primeros por su valor y gentileza, y era entonces el humilde discípulo de Ignacio de Loyola. Reveló Carlos en esa larga plática su invencible prevencion contra los jesuitas: la ardiente palabra del antiguo duque de Gandía fue impotente para disiparla. Recordaron los dos la idea que se habian comunicado de abandonar el mundo, y se manifestaron *uno y otro satisfechos de haber cumplido su palabra.*

En Jarandilla recibió el emperador á Lorenzo Pires, embajador del rey de Portugal de quien exigia que dejase pasar á España al lado de Leonor, su madre, á la infanta doña María que tenia en dote un millon de escudos. En Jarandilla volvió á dar esperanzas al enviado de los antiguos reyes de Navarra á quienes no pensaba ya ni en devolver el reino, ni dar nada en recompensa. Desde Jarandilla siguió con avidez la guerra provocada en Italia por Pablo IV, y allí manifestó un vivo sentimiento de que el duque de Alba dejase por respeto al papa de caer sobre Roma y vengar los ultrajes recibidos. Al oirlos *habia sentido aun el aguijon ese viejo corcel flamenco.*

Veíase como hemos indicado desde Jarandilla el convento de Yuste. El cielo estaba en aquellos meses encapotado y lluvioso; el monasterio medio perdido entre las nieblas, la campiña triste. Es un clima muy húmedo para S. M. decia su servidumbre: imposible que persista *en su propósito.* Mas Carlos V *era tardio en resolver*, tenaz en ejecutar lo resuelto. Entró en el convento el dia 3 de febrero de 1557.

F. Pi y Margall.

CARLOS V EMPERADOR.

LOS COMETAS.

Acostumbrado el hombre desde su infancia á ver sucederse periódica y regularmente todos los movimientos de los astros, acude á su imaginacion para poderse esplicar aquellos fenómenos estraordinarios, que se verifican de tiempo en tiempo en el firmamento. Y como la ciencia no ha estado siempre tan adelantada que haya podido esplicar satisfactoriamente estos fenómenos, ó no está estendida lo necesario para que todos sepan su causa, el vulgo tiene todo lo nuevo que aparece en el cielo, por manifestaciones de la cólera celeste ó cuando menos por presagios de tristes y próximas calamidades.

No hay eclipse ni cometa que no haya sido precursor *de una peste, de una guerra ó de una mutacion* de gobierno. Un cometa anunció el asesinato de César, otro la abdicacion de Carlos V, *porque como dice* el refran *Nova stella novus rex.* (1)

La ciencia por fortuna ha ido ensanchando rápidamente sus dominios y ha logrado desterrar en mucha parte, esas preocupaciones fundadas principalmente en la ignorancia.

Los cometas no son ya mas que unos astros pertenecientes como los planetas y satélites á nuestro sistema solar; dotados de movimientos mas ó menos regulares, pero conocidos; sujetos á la observacion y al cálculo, y cuya *magnitud* y distancia pueden apreciarse.

La astronomía antigua no pudo hacerlo así, *porque aunque* rica en observaciones y en hipótesis adecuadas á su época, no habia llegado á conocer las leyes generales que presiden los movimientos de los planetas, ni á deducir de estas leyes relaciones entre las diversas cantidades que se necesitan conocer para determinar un astro. Los célebres matemáticos Kepler y Newton, fueron los primeros que elevándose de la observacion particular á la ley general, fundaron la astronomía moderna. Kepler estudió el movimiento planetario y enumeró las tres leyes que llevan su nombre, y son: todos los planetas se mue-

(1) Conocidos son los versos que el poeta Juan Rufo, hizo á don Juan de Austria, en los cuales refiriéndose al cometa que se vió poco antes en tiempo de Carlos V, le dice:

Pues de reyes sois hermano,
Ved que el cielo diferentes
Los hace de esotras gentes
A lo divino y humano.
Porque el cometa que envia
Cuando á morir los emplaza
Rayo es que el cuerpo amenaza
Y estrella que el alma guia.

ven en curvas planas elípticas en uno de cuyos focos está el sol. El radio vector describe alrededor del foco áreas proporcionales á los tiempos, y por último los cuadrados de los tiempos empleados en las revoluciones son entre sí, como los cubos de los ejes mayores de las órbitas. De este modo, conociendo la duracion de las revoluciones siderales, se pueden hallar con la mayor exactitud las distancias de los planetas al sol.

Estas tres leyes de Kepler que respecto de los planetas dieron resultados exactísimos, fueron aplicadas tambien á los cometas, cuyos movimientos irregulares se habian sustraido hasta entonces á todo cálculo.

Para que un cometa quede determinado, es preciso conocer la *inclinacion* ó ángulo que forma su órbita con

EL MONASTERIO DE YUSTE.

la nuestra; la *longitud del nodo* ó sea del *punto* en que el plano de la órbita del cometa corta á la órbita de la tierra, y con esto queda ya conocida la posicion del plano en que se mueve el cometa.

Para determinar despues la posicion y forma de la curva que describe en este plano, es preciso hallar la longitud del *perihelio* ó sea del punto de la órbita mas próximo al sol, y la distancia del perihelio. Por último, debe observarse tambien el movimiento del cometa que puede ser directo ó retrógrado, es decir, de Occidente á Oriente como los demás astros ó en sentido contrario.

La observacion y la aplicacion de las leyes de Kepler han hecho conocer que los cometas se mueven describiendo elipses sumamente excéntricas, de modo que en su perihelio se encuentran tan próximos al sol, como distantes en su afelio. Pero como deben ir perdiendo la velocidad á medida que se alejan del sol, segun las leyes de la gravitacion universal de Newton, pueden estar muchos siglos lejos de nosotros y aun moverse en curvas abiertas que reciben el nombre de *parábolas* y en este caso desaparecen de nuestro sistema solar para siempre.

Por esta razon se llaman elementos elípticos ó parabólicos los elementos de la órbita de un cometa.

Al recorrer una curva tan extensa como la que describen estos astros, atraviesan por entre las órbitas de otros planetas de nuestro sistema solar y quizá de otros sistemas planetarios que no conocemos y que ejercen sobre ellos la accion de la gravitacion ó atraccion universal, que mantiene y hace girar á cada planeta en su órbita. Los efectos de esta accion que consisten en desviar al cometa de su carrera, se llaman *perturbaciones*, y son causa de que los cometas periódicos no aparezcan á nuestra vista con la regularidad de los demás astros.

Los cometas no se presentan siempre bajo el mismo aspecto, no solo en sus diversas apariciones, sino que varian de forma de un dia á otro. La figura 1 nos representa el cometa de Halley el 28 de octubre de 1835 á la simple vista; y la figura 2 el mismo cometa, el dia 25 de enero del año siguiente. Las figuras 3 y 4 son el principio de la cola en los dias 7 y 26 de octubre de 1835.

Todas estas causas hacen muy difícil la exactitud rigorosa en el cálculo de los elementos de un cometa, é impiden muchas veces asegurar con evidencia que un cometa es nuevo ó ha sido ya observado.

Los astrónomos calculan con la precision posible los elementos necesarios para determinar el cometa, y si en el catálogo de los conocidos hay alguno cuyos elementos se diferencien muy poco de los que se acaban de hallar, de modo que las diferencias esten dentro de los límites del error que puede cometerse, es lo mas

Fig. 1.—Cometa de Halley.

Fig. 2.—Cometa de Halley.

Fig. 3.—Cometa de Halley.

Fig. 4.—Cometa de Halley.

Fig. 5.—Cometa de Biela.

probable que el cometa sea el mismo, y se predice su vuelta. Fácil es conocer que para asegurarse de que los dos cometas son uno, no basta una sola reaparicion. Los cometas observados hasta el dia y correspondientes á nuestro sistema solar, son bastantes; el catálogo tenia 201 el año 1853, aunque Lalande cita una lista tomada de las tablas de Berlin que contiene 700.

Los principales que están completamente determinados, no son mas que cuatro de que trataremos particularmente.—Mas no se crea que puede predecirse con toda exactitud su reaparicion, porque ya hemos visto que su movimiento está sujeto á la accion perturbadora de los demás astros por entre quienes pasan. Generalmente despues de haber hecho varias observaciones, se toma un término medio entre los tiempos empleados en recorrer su órbita y es lo que se llama la duracion de su revolucion.

Los cometas están formados comunmente de un núcleo algunas veces oscuro, y otras trasparente, rodeado de una aureola ó nubes luminosas de brillo variable que se extiende despues como un vapor sumamente ténue en forma de ráfaga y al través del cual suelen verse las estrellas.

Esta cola ó ráfaga luminosa que se extiende en direccion opuesta al sol, es lo que mas llama la atencion en los cometas y lo que les hace distinguir de los demás astros á la simple vista.

Muchas han sido las opiniones que se han emitido para esplicar la formacion de estas colas ó cabelleras. Kepler y la mayor parte de los astrónomos de su época creian que eran un efecto de la impulsion de los rayos solares al caer sobre las ténues partículas que rodean el núcleo del cometa; pero observaciones modernas hechas con un hilo de araña, han demostrado que los rayos del sol no tienen tal fuerza impulsiva, ni influencia alguna en el movimiento que tiene el hilo en la atmósfera y que proviene de la agitacion del aire, así que en el vacío el hilo espuesto á la accion del sol permanece inmóvil.

La opinion mas probable esplica la formacion de la cabellera por el gran aumento de calor que recibe el cometa en su perihelio que hace evaporarse mucha parte de la materia que le forma, reflejando despues el sol su luz en esta materia vaporosa estendida.

El calor que reciben los cometas del sol, es muy suficiente para producir estos efectos y hasta para evaporar completamente el núcleo del astro como se ha visto en algunos. El de 1688 estuvo 166 veces mas próximo del sol que nosotros y debió esperimentar un calor 27,356 veces mayor que el de la tierra, es decir, miles de veces mayor que el del hierro fundido.

Esta cola ó cabellera se presenta de muchas formas distintas; unas veces sigue al cometa, otras le precede, otras le rodea como en el de 1819 (fig. 8), otras se presenta en forma de abanico de gran número de rayos, como el de 1744 que tenia seis ráfagas luminosas.

La cola suele dividirse en dos ramas dejando entre ambas un espacio algo oscuro; tambien suele encorvarse algo. Los dos bordes ó estremos son mas brillantes que el centro, lo cual ha dado orígen á que se crea que las ramas tienen la forma de un cono ó cilindro hueco, de modo que habiendo en los estremos mayor cantidad de materia luminosa, es mas fuerte la luz.

Algunos cometas no tienen cola como los de 1585 y 1763, y otros como el observado por Messier en agosto y setiembre de 1769 (fig. 6) (cuyo período se calcula en 2,090 años), tienen varias ráfagas luminosas y varias divisiones en la cabellera.

Los cometas, anómalos en todo, se dividen algunas veces. El de 1618 se dividió en dos; el de 1652 en cuatro, y el de Biela en 1846 se dividió en otros dos de la misma forma, como puede verse en la fig. 5, que representa la vista de este cometa el 19 de febrero.

La estension de la cabellera es muy variable y no puede medirse muchas veces con exactitud por no tener límites bien determinados. Aristóteles dice que el cometa del año 371 antes de J. C. ocupaba la tercera parte del cielo, ó sean 60°; el de 1618, segun Longomontano, tenia la enorme longitud de 104°, y el de 1680 unos 70°. Las seis colas del cometa de 1744 variaban de 30° á 40°.

Mucho se ha hablado de la probabilidad de un choque entre un cometa y nuestro globo. No podemos negar la posibilidad de que suceda, porque no conocemos las órbitas de todos los cometas; pero hasta ahora ninguno ha pasado tan cerca de la tierra que sea posible un choque aunque llegara un momento en que estuvieran en línea recta el sol, el cometa y la tierra. Las consecuencias de un encuentro son difíciles de comprender; bastaria que el cometa se aproximara lo suficiente para ejercer su atraccion sobre la tierra para que tuviera lugar un cataclismo á que probablemente no sobreviviria el género humano.

Entre todos los cometas el mas notable por su antigüedad y por los estudios de que ha sido objeto, es el de Halley. Apareció este cometa en 1682 y fue observado y calculado por el astrónomo que le dió su nombre; sus elementos se diferenciaban muy poco de los calculados para los cometas observados por Kepler en 1607 y por Apian en 1531, lo cual hizo creer que eran uno solo. Halley fijó su reaparicion para el año 1758, cuyo cálculo fue corregido por Clairant añadiendo 618 dias que debian retardarle las perturbaciones de Júpiter y Saturno, debiendo aparecer por lo tanto en la primavera del año siguiente. En efecto, el cometa pasó por su perihelio el 12 de marzo demostrando así la exactitud del cálculo. El período era, pues, de 74, 75 ó 76 años, como lo hizo ver su última aparicion en noviembre de 1835. Este mismo cometa habia sido observado ya en 1456 y en 1378.

Pons descubrió el 26 de noviembre del año 1818 otro cometa conocido con el nombre de Encke, porque este astrónomo le calculó en Berlin con mayor exactitud. Es muy pequeño, tanto que no se percibe á la simple vista y emplea poco mas de 3 años en su revolucion. Sus apariciones se han verificado de 3 en 3 años desde 1818.

Otro de los cometas mas conocidos es el de Biela ó el de Gambart, descubierto el 27 de febrero de 1826 por Biela y calculado despues por Gambart. Su período es de 6 años y 9 meses próximamente. Su última aparicion se verificó en agosto de 1852.

Por último, el cometa de Faye descubierto el 22 de noviembre de 1843, es el único calculado y comprobado que nos falta citar. Es telescópico y emplea en su revolucion 7 años y medio. La fig. 7 representa las órbitas de estos cuatro cometas.

Estos cuatro cometas describen elipses alrededor del sol, y aunque no comprobados, hay calculados otros muchos tambien elípticos que tardarán mucho en comprobarse por la gran duracion de su período.

Entre ellos está el de 1780 observado por Messier, que emplea en su revolucion 75,838 años, y el de Manvais del año 1844 que emplea 100,000 años.

Hay otros cometas cuyas curvas tienen exactamente la forma de una parábola, y estos es de esperar que no vuelvan nunca ó por lo ménos que su revolucion sea de un número incomprensible de años. Estos se llaman parabólicos, y hasta ahora se han observado unas 152 apariciones.

El cometa que está sobre nuestro horizonte se llama de Donati, porque el astrónomo de este nombre le descubrió desde el observatorio astronómico de Florencia en el mes de junio último.

Sus elementos son bastante diferentes de todos los conocidos hasta el dia, por lo que se cree que es nuevo en nuestro sistema solar. La figura del arco de curva que ha descrito, hace creer que su órbita es parabólica, ó por lo menos una elipse sumamente excéntrica; por esta razon nada podemos decir sobre su revolucion.

Este cometa, segun las observaciones hechas en París el 12 de setiembre, dista de la tierra unos 32.000,000 de leguas; el diámetro del núcleo tiene próximamente 800 leguas. La ráfaga luminosa que le acompaña ocupa un arco de 5°, es decir, tiene una longitud de mas de 3.000,000 de leguas.

El cometa estuvo, segun los cálculos del célebre cometógrafo M. Hind, en su perígeo, es decir, en el punto de su órbita mas próximo á la tierra, la noche del 10 de este mes: esta distancia mínima es de 31.000,000 de millas inglesas.

A la aparicion de este cometa creyeron muchos astrónomos que era el que apareció en tiempo de Carlos V observado por el matemático Fabricio, cuya aparicion se está esperando desde el año 1848. El mismo M. Hind y otros astrónomos, entre ellos M. Bamme de Zelanda, han calculado su vuelta para este año. El tiempo demostrará la verdad ó la inexactitud de sus cálculos.

FELIPE PICATOSTE.

DE MADRID A SANTANDER.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

Salí de Madrid, mi querido Pepe, de la manera que sabes; empingorotado en el cupé de la diligencia de Valladolid, á las seis de una caliente mañana de agosto, con los bolsillos llenos de melocotones y naranjas que tú me diste, y en la amable compañía de mi baston, mi paraguas y mi saco de noche.

Lo que se encuentra de Madrid á Valladolid, ya te lo han dicho los periódicos con motivo del viaje de la córte, cuyas frescas pisadas venia siguiendo mi humilde humanidad, lo que quiere decir que he encontrado á mi paso iluminaciones apagadas, arcos de triunfo por el suelo, y alguno que otro músico desbandado que tornaba al hogar paterno con su serpenton á la espalda. La córte desandando la historia de España hasta llegar á su cuna, y yo dirigiéndome á Valladolid para luego girar hácia estos montes sin *historia conocida*, hemos atravesado el país clásico de los infanzones de Castilla, la tierra que pisaron los condes, los reyes y los caballeros, el lugar de mil batallas y de treinta córtes que hoy son pobres y oscuras villas.

Ya, antes, al trepar al Guadarrama, tumba de hielo en que Felipe II se esconderia un dia cerrando el libro de la epopeya española, habia yo meditado largamente en el fúnebre ideal que representa á la imaginacion esta escarpada sierra. El Guadarrama, base del *Escorial*, cuya tétrica mole descubrí á lo lejos, es la losa colocada sobre nuestro pasado de gloria; en él acaba cuanto fue noble y heróico en la indómita Castilla; no parece sino que el gran misántropo presintió la ruina del imperio de Carlos V y levantó un padron mortuorio en conmemoracion de sus abuelos. En adelante, los Carlos de Austria, se llamarán Carlos II y los Felipes, Felipe IV.

Pasé por Olmedo, donde hace cuatro siglos se dieron dos batallas, la una en 1445, la otra en 1466. En la primera resultó don Alvaro de Luna herido en una pierna y maestre de Santiago. Allí ganó Juan Pacheco el marquesado de Villena, y don Iñigo Lopez de Mendoza el de Santillana. Reyes, grandes y poetas combatieron pecho á pecho y brazo á brazo; triunfó Castilla y cubrióse de gloria el infante don Enrique, mas tarde llamado el *Impotente*. En la segunda, el honor de Castilla fue vulnerado por vencidos y vencedores, por los nobles y por el rey, demostrándose así con el testimonio de la historia, que cuando los reyes no representan las aspiraciones de sus pueblos, hasta el laurel de la victoria se convierte en sus manos en fúnebre ciprés.

Pero dejemos la historia. De Madrid á Valladolid hay 34 leguas y se andan en veinte y tres horas. Llegué, pues, á las cinco de la mañana á la capital de Castilla la Vieja.

Ya allí el calor era soportable, el aire elástico, la vegetacion mediana. Habia un rio surcado por lanchas y cuajado de bañistas, espesas arboledas, un paseo llamado las *Moreras*, donde he estudiado, en la tarde de un domingo, el mujerío vallisoletano y un *Campo Grande*, paseo nocturno mucho mas estenso que el Prado de Madrid. Por lo demás, pronostico á Valladolid un porvenir inmenso, una importancia semejante á la de *Lyon* de Francia, una categoría igual entre nuestros pueblos á la que hoy ocupa Barcelona. País industrial, ganadero y agrícola á un mismo tiempo, el ferro-carril que ya llama á sus puertas desarrollará los elementos de riqueza que posee de muy antiguo. Hoy por hoy, tiene fábricas de papel, de tejidos, de pan continuo, de productos químicos, de harina, de calderería, de cerveza, de curtidos, de botones, de cola, de chocolate, de loza fina, de telas metálicas, de fundicion, de cintas, de pasamanería, de platería, de herrería... ¡qué sé yo!—Muchas de estas cosas en pequeña escala, pero con grandes condiciones de vida y prosperidad.

En cuanto á bellezas artísticas, á monumentos históricos, á glorias nacionales, Valladolid ha abrumado mi imaginacion.

He visto su catedral, ó por mejor decir, el fragmento de ella que hay construido; pero estudiando los planos y proyectos de Juan de Herrera, que guarda el cabildo, comprendí que si el grande arquitecto no abandonara esta obra por la del Escorial, España tendria hoy un templo del renacimiento digno de figurar al lado de San Pedro de Roma. En las exiguas proporciones á que ha quedado reducida, todavía la catedral vallisoletana se impone al alma por su ruda y solemne magnificencia. Tan pobre, tan severa, tan desnuda, parece un templo protestante; tan ciclópea, tan maciza, con sus pilares estupendos y arcos portentosos parece un elefante de piedra, una pagoda índica, una montaña abuecada. Todas las profanaciones que legó á este grandioso edificio el malhadado Churriguera, desaparecen y quedan enterradas bajo la noble gentileza de aquella fachada dórica tan pura y colosal, y de aquellas naves corintias cuyas pilastras equivalen á otros tantos monumentos.

Pero mi carta no tendria fin si hubiese de enumerarte, no digo describirte, todo lo que el artista y el poeta encuentran en esa inmensa necrópole de nuestra historia que se llama Valladolid.

Ví el convento de San Pablo con su fachada gótica de filigrana, y el contiguo de San Gregorio, mas famoso que de mi agrado. Aquel *tour de force* de reducir á ojivas, doseletes y columnas los caprichosos giros de una vegetacion estravagante, parécememe pueril y abigarrado. Reconozco el mérito, el artificio, la rareza, la originalidad; pero niego el arte, la poesía, la propiedad, la belleza. Prefiero, pues, la fachada de San Pablo.

Pasé por el Ochavo, lugar del suplicio de don Alvaro de Luna. Hace poco tiempo habia visto sus cenizas en la catedral de Toledo. Aun tenia que ver su palacio convertido en casa de locos, y la iglesia de *ajusticiados*, San Andrés, en que depositaron aun caliente su ensangrentado cuerpo.

Templos del tiempo de Peroansurez, de doña Urraca y de Alonso el Sabio, el palacio de Felipe II; esculturas de Pompeyo Leoni, de Gregorio Hernandez, de Jordan, de Juan Juni, de Felipe Gil y de Gaspar Becerra, todo pasó ante mis ojos en rápida confusion. Solo el Museo de Pinturas me detuvo una mañana entera. Ví allí tres cuadros de Rubens, uno de ellos maravilloso, que llaman la *Virgen de Fuensaldaña*, y representa el poético instante de la *Asuncion* de María, cuyos tres cuadros, á su mérito intrínseco, adunan el de que los franceses nos los robaron en 1808 y los españoles los reconquistaron con las armas en la mano en el ataque de Vitoria. La impresion que me produjo la Vírgen de Fuensaldaña durará tanto como mi vida; decididamente Rubens era todo genio. Recuerdo ademas un *Bodegon*, de Velazquez, una *Santa María Egipciaca*, de Rivera, una *Cena*, de Vinci, una *Cabeza de San Francisco* y un *San Pedro Advíncula*, del dicho

Rivera, nueve cuadros de la *Vida de la Virgen*, de Lucas Jordan... y en fin, una multitud de lienzos notables, sino de primer órden, de Palomino, Zurbarán, Murillo, Vandik, Rubens, Valentin Diaz, etc.; pero el que no puedo menos de citar es una *Magdalena* de Correggio, digna de figurar entre las primeras obras de este inmortal artista.

Con todo lo cual y haber recorrido salones en que se habian celebrado córtes y concilios, casas particulares que fueron palacios de reyes, alcázares convertidos en conventos, la casa de Alonso Perez de Vivero (ahora cárcel pública), el palenque de mil torneos, antiguo *Campo de la verdad*, hoy *Campo Grande*, donde murió un Carvajal á manos de don Pedro Besavides, siendo juez del combate el mismo Fernando IV el *Emplazado*, salí de Valladolid despues de tres dias inolvidables, á las tres de la tarde del nueve de agosto, víspera de San Lorenzo.—Ya sabes que tengo el almanaque al dedillo.

De Valladolid á Palencia hay nueve leguas.—Corren paralelamente este trayecto la carretera, el canal de Castilla, el ferro-carril de Isabel II, el telégrafo eléctrico y el rio Pisuerga: estas cinco vias se acercan hasta el punto de verse encerradas en algunos sitios en cien varas de terreno. De un lado divisé el Castillo de Dueñas, en que se verificó el casamiento de doña Juana la *Loca*: de otro el castillo de Tariego, al que se acogió el rey don Ramiro despues de una derrota; allá Torquemada, cuna de Zorrilla; acá el pueblo de *Baños*, donde los tomaba el rey Recesvinto; por una parte fábricas de harinas tambien históricas, como que fueron teatro de los famosos incendios del 56; por otra, los productivos campos de Castilla la Vieja, que se parecen al carácter de sus habitantes, en que sin galas, ni lujo de espresion dan lo que prometen y es una verdad lo que producen. Monótonos, melancólicos, despojados de atractivos, los castellanos viejos, lo mismo que sus campiñas, cumplen con sus obligaciones;—por el contrario de ciertos campos y de ciertos hombres de Andalucía, que todo se vuelven flores y promesas, galas poéticas y vistosos panoramas. Cerca de la confluencia del rio Carrion con el Pisuerga hállase un monasterio de agustinos, en el que solo queda con vida una campana. Rodéanle dos ó tres casas de pobrísima apariencia.—Todo esto se llama *Ventas de San Isidro de Dueñas*.

Ahora bien; ¿sabes por qué te las cito? Porque aquel oscuro y abandonado paraje está destinado á ser una gran poblacion, tan importante como *Tours* de Francia, puesto que reune sus mismas condiciones. ¡Tambien nacen ciudades en este siglo! El ferro-carril no puede menos que la agricultura. Es el caso que en las *Ventas de San Isidro de Dueñas*, se encuentran todos los ferro-carriles del Norte y del Oeste de España. Aquel es el punto de interseccion de la línea que de Madrid irá á Francia por Irun, con la que de Lugo se dirige á Madrid; por allí pasa el ferro-carril de Santander: por allí pasará el de Portugal á los Pirineos. Será pues aquel convento, un nudo en que se enlacen mas de quince provincias; mostrador inmenso en que la agricultura, la industria y el comercio, verifiquen sus cambios; en que se den la mano Santander y Castilla, Galicia y Madrid, Portugal y Francia, Vizcaya y Estremadura. Por esto digo que irremediablemente ha de haber allí una capital moderna, que empezará por una fonda, un hospital y una estacion, se aumentará con una cárcel y un café, llegará á tener un mercado y una iglesia, aspirará luego á teatro y plaza de toros, y concluirá por reclamar un alcalde corregidor.

Entre tanto iba dejando á la izquierda el riquísimo monte de Palencia, cedido por doña Urraca á los pobres de esta ciudad, quienes ciertos dias del año tienen derecho á cortar todo lo que puedan llevarse á cuestas. Por esta parte, de monte en monte, no se para hasta Portugal. A poco que se piense en ello, espanta la riqueza de nuestro suelo, y se hace indudable que España ha de ser nuevamente una de las primeras naciones de Europa. No estrañes la incongruencia de mis deducciones; la bellota me lleva á la economía política, la corta de maderas á la diplomacia; el monasterio de Claras que encuentro en un despoblado, me vuelve á nuestra penuria del siglo XVII; el telégrafo óptico, póstumo progreso que nos importó el conde de San Luis, me dice desde la cumbre de una montaña á cuánto llega nuestro desbarajuste en punto á mejoras, la infinidad de terrenos incultos, de descuidados bosques, de pueblos incomunicados que visito, me hace en fin, esperar en el dia de mañana.—Pero volvamos á mi cuento.

Desde que se entra en la provincia de Palencia, el suelo se quebranta y empieza á rizarse en valles y colinas. Las llanuras castellanas se *accidentan*, como dicen los franceses. Todo anuncia la proximidad de aquella cadena de montañas, montañas que rodean casi toda la península como un cordon de gigantescos centinelas.

Cerca de anochecer llegué á la antiquísima ciudad de Palencia, cuya calle mayor solo pudiera comparar en longitud,—de lo que yo he visto se entiende,—á la calle de Rivoli de Paris. Toda es de columnas y pilastras que forman soportales de forma irregular. Pasarán de mil estos informes pilares de piedra que sostienen viejísimas casas cargadas de escudos heráldicos. Con todo, debo consignar que por donde quiera que voy, veo caerse á pedazos las mas antiguas ciudades. Ese prurito de derribar y reedificar que se ha apoderado de Madrid, trasciende ya á las mas apartadas y sedentarias villas. Parece que de tres siglos á esta parte no se habia construido una casa nueva; así, al lado de edificios negros y vetustos, véase por do quiera casas de estilo inglés con sus cuatro pisos y cuarenta balcones. Asisto por consiguiente, al despertar de los pueblos despues de su sueño de trescientos años, y creo que si la revolucion española se hubiese retardado un siglo mas, la mitad de España habria sido pasto de la polilla.

En Palencia permanecí dos horas, de modo que solo ví la catedral. Estaba ya cerrada, pero pude admirar su graciosa fábrica, que es una especie de fortificacion como la catedral de Almería y dos fachadas del mas puro estilo gótico, como no lo habia visto hace algunos meses. Ya me retiraba á cenar, cuando distinguí al sacristan que abria un postigo y penetraba en el templo.—Entré tras él mal de su grado, disgusto que se le pasó bien pronto, y perdíme por las oscuras naves de la espaciosa iglesia. He dicho que estaba anocheciendo. De las altísimas bóvedas caian largos crespones de sombra. Solo por la parte del trascoro que mira al Poniente, los calados rosetones dejaban penetrar una claridad melancólica. Una religiosa tristeza inundó mi corazon. Allá, á lo lejos, distinguí la moribunda luz de una lámpara que ardia detrás del altar mayor. Era la capilla de los curas, donde descansa el cuerpo de la insigne doña Urraca de Castilla. Sobre su tumba yace su estátua. Díjome el sacristan que cuando en 1828 Fernando VII y la reina Amalia volvian de las provincias Vascongadas, desearon ver el cuerpo de la ilustre reina.—Fue de admirar entonces la estraordinaria estatura del esqueleto, que rayaba nada menos que en nueve palmos. Bajé luego á la cueva de San Antolin, sobre la que está edificada la catedral, corriendo la tenebrosa escavacion por debajo del coro hasta la mitad del crucero. ¡Mucho pensé allí en el santo anacoreta!—Por lo demás, el hambre me mortificaba, el reló andaba sin cesar y la diligencia partia á las nueve; dí treguas por consiguiente á mis meditaciones y tomé el camino de la fonda, reparando que en aquella tierra vuelven ya las mujeres á ser guapas. ¡Oh! Las palentinas fueron muy de mi gusto.

Nada puedo decirte de las 18 ó 20 leguas que hay de Palencia á Alar. Las pasé durmiendo. ¡A cuántas reflexiones da motivo esta circunstancia! ¿Qué son para mí hoy aquellas tierras que cruzó mi cuerpo, mientras mi alma viajaba por otra parte, quizás por la Alcarria, quizás por Andalucía? Lo que la vida es á la vieja, lo que Shakespeare á los limpios de corazon, lo que son á cierta edad las treinta mujeres que forman la historia de un lion de nuestros salones.

Pero no hablemos mas de esto. Héme en Alar. Allí descansé diez horas. A las cuatro de la tarde salia un tren para Reinosa... ¡Pobre ferro-carril el de Alar! Enclavado entre dos pueblos sin importancia, recórrelo con tardo paso dos ó tres coches, y diez ó doce viajeros por dia, desacreditando una gran empresa y desanimando á los accionitas. Yo creo que los ferro-carriles deben inaugurarse por una seccion que se apoye en el mar ó en Madrid, ó que establezca comunicacion entre dos grandes capitales. Lo contrario, perjudica mas que favorece al resto de la vía. De cualquier manera, alegróme en el alma de hacer este trozo de viaje tan solitaria y cómodamente, corriendo de una ventanilla á otra del coche para admirar un delicioso paisaje montañoso en que se ven confundidos los árboles, las rocas, las malezas, los acueductos, las flores, el agua, los *túneles*, los pueblos, las fuentes, los bosques, los valles.... ¡todos los encantos de la naturaleza y de la civilizacion!

Al cabo de dos horas estaba en Reinosa, donde tomé la diligencia para esta aldea que tiene la dicha de no estar en el mapa, pero que no va á librarse por eso de figurar en las columnas del *Museo Universal*.

Estamos en el valle de Buelna, á las orillas del Besaya, en la jurisdiccion de *Los Corrales*, en el corazon de las montañas de Santander.

Imagínate cien casas desparramadas sin concierto á lo largo del valle, mediando por lo regular entre unas y otras todo un prado y una huerta: hé allí la iglesia, sola como un monasterio, rodeada de castaños y nogales; las casas consistoriales se levantan en otro parage pintoresco, donde ya parecia que la aldea habia terminado; aquella casa de campo que se ve á lo lejos, es la botica; aquel cortijo, cercado de portales llenos de vacas, acaso será el estanco. Pero no estiendas la vista, que la casa inmediata pertenece ya á otro pueblo.—¿Qué te parece mi retiro?

Si quieres cazar, á la puerta de tu casa tienes liebres y perdices; en el monte de la derecha jabalíes y osos... á los cuales les preparamos una batida: en el monte de la izquierda corzos y venados, que ya han aparecido sobre mi mesa á la hora de comer. Si optas por la pesca, el rio te brinda con anguilas, truchas y esquisitos salmones. ¿Eres herborizador? Trepemos al monte de Caldas y encontrarás plantas de todos los climas, inclusos el té y el tabaco. ¿Quieres flores? Paséate por el campo, y la pródiga naturaleza te dará mil variedades de rosas y mirtos silvestres, enredaderas, amapolas, lirios, madreselvas, violetas y jazmines. ¿Deseas frutos? Desde el esquisito grifon, que no conoces, hasta la sabrosa pavía; desde la avellana hasta la pera de manteca, todas las clases de manzanas, riquísimas ciruelas, uvas, membrillos, melocotones, nueces y castañas, todo lo hallarás en sazon; porque aquí tienes á un mismo tiempo las cuatro estaciones, segun que subas ó bajes, camines al Norte ó al Mediodía. Por ciertos sitios escarcha todas las noches; *en otros hace calor*; *por un lado el viento seca* y orea la tierra; por el otro la humedece un constante rocío. Pero la *especialidad*, la maravilla de este valle es la leche. Que tengas tisis ó asma, que Madrid te haya secado la médula de los huesos, que debas al estudio una impotencia de estómago.... ¡nada te importe! Bebe leche por la mañana, al mediodía y á la noche, recien ordeñada como la toma el ternero, ó trasnochada y cubierta de crema, cocida ó cruda, líquida ó en requesones ó en queso... Mama á todas horas, yo te lo digo, ¡y te nutrirás, te refrescarás, sacudirás todas las ruindades de tu naturaleza, y remudarás tu sangre, tu color, tu vida, todo tu ser!

No me creas exagerado: ¡este es el paraiso! Aquí no quema el sol; aquí no moja la lluvia. Si moja, pero no da reumas ni calambres. Estamos en agosto, y yo salgo sin sombrero á las once del dia á coger fruta ó á matar gorriones y no me duele la cabeza ni me da un tabardillo. Yo he sufrido á pié quieto buscando el nido de un salmon, un aguacero de una hora, á la orilla del rio y no me he baldado. La benignidad de este clima es prodigiosa. Todos los elementos pierden aquí su rigor. Todas las bellezas de la creacion ofrecen sus encantos. Porque nada falta, hasta puedes ver el mar solo con subirte al próximo monte de collados.....

Pero ¡ay! que tambien aquí puede repetirse la famosa esclamacion del poeta inglés:

«¡*Todo era bello en aquella region*....
menos el espíritu del hombre!»

La raza montañesa,—la generalidad, se entiende,—hállase sumida en el mas miserable estado de abyeccion y de ignorancia. Un solo rasgo te lo revelará.

La mujer, sublimada por el cristianismo á una esfera superior al hombre; la mujer, objeto siempre en nuestra patria del culto de los caballeros, de las trovas de los poetas, de los agasajos de los rondadores nocturnos; la mujer, reina de su casa en Andalucía, lujosa, petrimetra y holgazana, á expensas del sudor de su marido, lleva aquí la parte mas dura de los trabajos y de las penas. Ella ara, ella siembra, ella coge, ella guia el carro, guarda las vacas, y sufre todos los rigores de la intemperie. De aquí el verlas feas, sucias, andrajosas, con el cuévano á la espalda y el niño dentro, encorvadas contra la tierra, sin aliño alguno en su trage ni en su tocado, mientras el hombre se pasea ufano y compuesto, colorado y robusto, ocupado en pescar ó en llevar sus reses á las ferias. ¡Triste condicion la de un pueblo que no rinde culto á la hermosura; donde el amor no se levanta sobre la utilidad mezquina, donde el sentimiento de la belleza no dulcifica y perfecciona los bárbaros instintos animales.

El dia de S. Roque he asistido á las fiestas de *Somahoz*, y regaládome con la música y el baile del país. La música consistia en el aire popular de estas montañas, especie de jota menos bulliciosa que las de Aragon y de una melancolía infinita. El baile es una danza notable por la seriedad y circunspeccion con que se mueven las parejas. No hay mas instrumento que el pandero, el cual marca el compás. La copla corre á cargo de una *cantora bastonera*, cuyo pulmon es infatigable. Pero aun en estas horas de espansion y esparcimiento, nótase la frialdad y el desden con que el hombre mira á su compañera. Parece como que el baile es un deber en estos dias, un rito sagrado; algo que ya se vió en el mundo antiguo. Ni sonrisas, ni rendimiento, ni obsequiosos mimos; nada hay en esta danza que se parezca al fandango, á la jota valenciana ó á los bailes gallegos. Los hombres tienen los ojos fijos en la tierra, y las mujeres en el rostro de su señor.

Entre tanto, los vascongados que trabajan en el ferro-carril, tocaban la flauta de boj toscamente labrada, haciendo como quien dice rancho aparte, y bailando con mas donaire y animacion. La luna creciente aparecia ya sobre el ocaso á presidir los patéticos instantes del anochecer. Del rio y de la selva brotaba el concierto misterioso con que las aguas, las plantas y los animales daban su adios al dia. Sonaba á lo lejos la esquila de los ganados y el último tiro del fatigado cazador, mientras en las cumbres de los montes resplandecia la hoguera de los pastores y me lulaba el viento lánguidos sollozos que parecian el lejano murmullo de Madrid.....

Adivina el resto.—Tuyo.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

REVISTA DE LA QUINCENA.

La primera quincena de octubre cuenta entre los sucesos estraordinarios, la visita que todas las noches nos ha hecho un magnífico cometa, y decimos todas las noches porque de noche se deja ver á la simple vista con una larga cola de muchos millones de leguas. La supersticion popular atribuia en otro tiempo grande influencia á esos cuerpos estraordinarios que cruzan el espacio, y les convertia en mensajeros de grandes calamidades, ya para *los príncipes*, ya para *los pueblos*, ya para *unos y otros*: como las calamidades desde el principio del mundo han sido patrimonio de la humanidad, no dejaban de venir

Fig. 6.—Cometa de Messier.

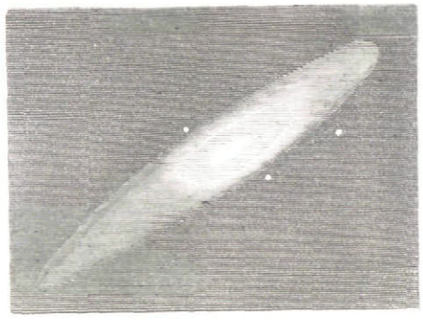


Fig. 8.—Cometa de 1819.

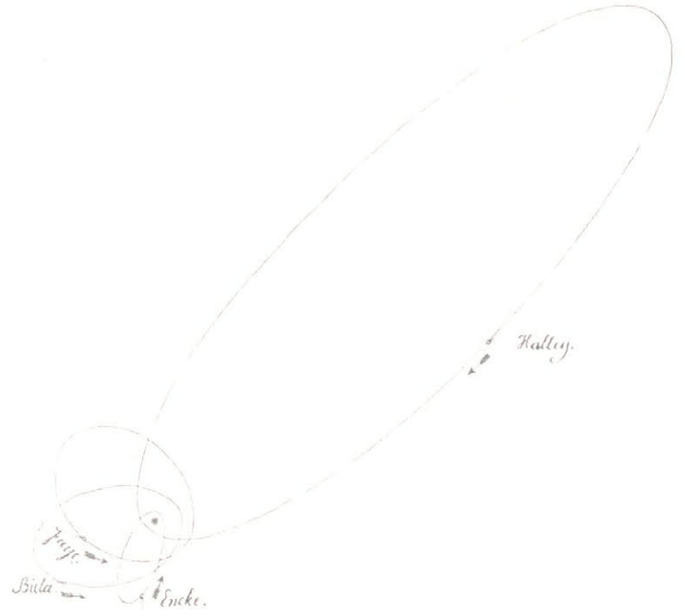


Fig. 7.—Orbitas de los cometas de Halley, Encke, Biela y Faye.

despues de la aparicion de un cometa como habian venido antes, y la creencia popular no ilustrada por la ciencia se afirmaba mas y mas. Ningun emperador romano de los muchos que murieron á mano airada dejó de ver predicha su suerte por algun fenómeno estraordinario, por alguno de esos cuerpos que se definian *quid quid in sublime apparens cum appendice quadam*. El apéndice del cometa que se presentó en los últimos tiempos del reinado de Carlos I de España y V de Alemania, cuenta la crónica que decidió á este monarca á retirarse á un convento. Véase aquí un ejemplo de la benigna influencia de los cometas, ejemplo que despues no se ha repetido.

Hoy los sabios desde sus observatorios señalan con mano segura á todos los cuerpos á que alcanza su vista armada del telescopio, la órbita que han de recorrer y el camino que han de seguir; y el vulgo, fiado en ellos, se cuida poco de lo que pasa por allá arriba: nadie piensa en retirarse al claustro; la época no es de concentracion sino de desenvolvimiento; *se trata de edificar, no* en el sentido de dar buen ejemplo de arregladas costumbres, sino en el de fabricar moradas elegantes y mas ó menos sólidas, donde pasar la vida.

Una voz autorizada se ha levantado sin embargo estos dias para evitar los efectos ó por mejor decir los antecedentes de ciertas fábricas. Sabido es que la mayor parte de las veces, antes de fabricar hay que demoler, y si no ahí está la que fue Puerta del Sol, cuya fábrica ha comenzado con el derribo de no sabemos cuantas casas y que amenaza durar tanto como la de San Pedro en Roma. Ahora bien los vecinos de la casa núm. 95 de la calle Mayor se hallaban amenazados como los de la Puerta del Sol de ver entrar en sus habitaciones á las seis en punto de una mañana solemne una cuadrilla de albañiles diciendo: «caballeros y señoras, arriba; vamos á demolerles á Vds.» Y como esta casa es la misma en que vivió muchos años y murió en 1681 el insigne poeta español D. Pedro Calderon de la Barca, la voz autorizada de que arriba hablamos ha gritado al genio destructor que en forma de albañil y armado de piqueta amenazaba al edificio: alto: esa casa modesta conserva todavía la disposicion misma que tenia cuando la habitó el mayor ingenio del siglo XVII: por esa empinada y oscura escalera subia todos los dias; en esta reducida habitacion compuso parte de sus inmortales obras; en aquella alcoba exhaló el último suspiro; respetad esa lóbrega vivienda: fue morada de un genio, que con sus resplandores iluminó el mundo, mientras grandes palacios y salones profusamente iluminados, servian como hoy de habitacion á hombres oscuros é inteligencias tenebrosas.

Esta voz que detiene en el aire la guadaña levantada ó *próxima á levantarse* sobre la casa de Calderon, es la del señor Mesonero Romanos, tan conocido por su erudicion como por su amor á las glorias literarias de nuestra patria. Al señor Mesonero se debió en 1833 la colocacion del busto de Cervantes en la casa que habitó el insigne autor del Quijote, y á él se le deberá en 1858 que se respete la morada del autor de la *Vida es sueño*. Porque en efecto no dudamos que se respetará: lo que el gobierno de Fernando VII hizo en 1833, no podrá menos de hacerlo el gobierno de 1858.

Dos aperturas hemos tenido en esta quincena, la de la Universidad central y la de la Esposicion de Bellas Artes. El discurso inaugural pronunciado en la Universidad tuvo por tema el progreso material y científico. Sobre este punto habria mucho que decir, pero vamos á resumirlo en muy pocas palabras. Creemos que hay progreso material y científico en España; pero opinamos que se debe mas á la índole de los tiempos, á la facilidad de las comunicaciones con el estranjero y á los esfuerzos particulares, que á los planes y esfuerzos colectivos. La Esposicion de Bellas Artes, aunque varios de los artistas mas célebres no han presentado obra alguna, es sin disputa

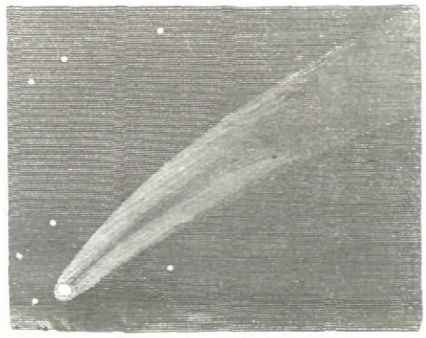


Fig. 9.—Cometa de Donati.

la mejor que se ha celebrado de muchos años á esta parte. De ella comenzaremos á tratar en el próximo número como corresponde á la naturaleza de este periódico.

Antes de dar cuenta de las producciones nuevas que nos han ofrecido los teatros, haremos una pequeña escursion al estranjero. Daremos en primer lugar una mala noticia: el cable transatlántico ya no funciona. A unas 300 millas de distancia de la costa de Irlanda se interrumpe la corriente eléctrica por algun obstáculo, cuya naturaleza aun no se ha descubierto. Sin embargo, como el problema está resuelto ya, las dificultades últimas se vencerán en breve.

El marqués de Normanby, embajador del gobierno inglés en Francia, ha hecho traducir al francés y publicar en Paris su obra titulada *Un año de revolucion*, en la cual trata del movimiento francés de febrero de 1848. La traduccion no parece que haya producido mejor efecto sobre los parisienses que produjo el original sobre los ingleses. El lord inglés, no obstante su alta posicion, se manifiesta un observador muy vulgar y mucho menos informado de los hombres y las cosas de febrero, que cualquier periodista mediano de aquella fecha. Madame Dudevant, ó sea Jorje Sand, está preparando una produccion de grande espectáculo, en que parece saldrá un rebaño de ovejas á la escena. Debe de ser algun drama pastoril en que harán gran papel las Elicias y los Nemorosos: lo recomendamos á los traductores.

Item les recomendamos tambien una comedia en cinco actos y en verso que está escribiendo M. Ponsard y que se titulará la *Demoiselle d'Honneur*, y un drama de que Ana de Austria será protagonista.

Hablemos ahora de nuestros teatros. En el de la Plaza de Oriente se inauguraron las representaciones con la *Traviata;* despues se ha cantado la *Lucia*, y anoche la *Somnámbula*. En la *Traviata* hizo su primera salida la Giuli Borsi, que poco aplaudida en el primer acto, obtuvo al fin en el segundo un triunfo tanto mas lisonjero *cuanto que luchaba con los recuerdos* de la Penco. En la *Lucia* se estrenó la Kennet, que posee una estensa voz de soprano, y un admirable método de canto. Con estas *cualidades no podia* menos de entusiasmar al público y lo entusiasmó sobre todo en la escena del delirio en el segundo acto. Tambien se presentó en escena el tenor Carrion que tantos triunfos ha alcanzado en el estrangero y que ha desmentido el refran: *nadie es profeta en su patria*. La *Somnámbula* ha dado ayer y dará gran beneficio á la empresa. La Kennet y Carrion han brillado, la una por su magnífica voz que modula admirablemente, el otro por su maestría y buen método.

En el teatro del *Circo* se ha representado un drama del señor Hartzenbusch, titulado *La Madre de Pelayo*. Esta obra es digna del talento de su autor y de su merecido renombre; no es sin embargo, de las que mas ha aplaudido el público. Verdad es tambien que á escepcion de la Teodora que hizo su *rentrée* con este drama, los actores estuvieron desgraciados en su desempeño. La Teodora fue llamada á la escena y el público la significó con sus aplausos el placer con que la veia volver en busca de nuevos laureles.

En *Novedades* hemos visto los *Amantes de Teruel*, *Jorge el Armador*, *Simon Bocanegra* en que Delgado, Calvo y la Rodriguez se muestran á grande altura. En este teatro se darán próximamente producciones que llamarán la atencion y que hoy están en ensayo.

La empresa de la *Zarzuela* ha empezado la temporada mostrando una grande actividad y una esmerada direccion. En poco tiempo hemos tenido cuatro obras nuevas. *Beltran el Aventurero*, *La Embajadora*, *Céfiro y Flora*, *La Perla Negra*. Se ensayan otras tres que se darán en breve, entre ellas *La Dama Blanca* y para este invierno se nos prometen maravillas. Si no todas las obras representadas hasta ahora, han merecido superior acogida, no es culpa de la empresa, sino de los autores: así el público acude con gusto todas las noches á *Jovellanos*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El telégrafo submarino une ya el nuevo al viejo mundo.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

La Esposicion de Bellas Artes inaugurada el 1.º del corriente, es en nuestra patria un verdadero acontecimiento por la multitud de jóvenes artistas de gran mérito que en ella se han dado ventajosamente á conocer; pudiendo decirse que es la mejor esposicion que hemos tenido en muchos años. El *Museo Universal*, fiel á su título de periódico artístico, prepara una descripcion crítica y minuciosa de las obras presentadas, hecha con toda imparcialidad. Podremos equivocarnos al juzgar algunas obras; pero diremos lo que sobre ellas creamos en conciencia, no lo que nos sugiera la amistad ni menos una aversion que no podemos tener. Daremos tambien grabados por nuestros primeros grabadores, los cuadros que mas se distinguen por su mérito, y de este modo los lectores de provincias y los de Madrid que no hayan podido concurrir al salon de la Trinidad, tendrán una idea cabal y exacta de la esposicion y sus resultados. En el próximo número comenzaremos los artículos descriptivos.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1858.